NOTAS

IN MEMORIAM,
ARQ. JAVIER RABASA Y ROBLES GIL
*Mauricio López Noriega**

*Nam Sibyllam quidem Cumis ego ipse oculis meis vidi
in ampulla pendere, et cum illi pueri dicerent:
“Σίβυλλα, τί θέλεις;” respondebat illa:
“ἀποθανεῖν θέλω”.*
[Petron. XLVIII]

128

No pude acompañar a mi amigo en sus últimos días. No pude reconfortarlo, ni estuve presente para las minucias en que los amigos nos volvemos necesarios cuando llega el momento de la plenitud; no me fue posible despedirme. Sin embargo, de alguna manera, yo había caído en la cuenta, casi con certeza, de que el Arquitecto quería morir. Por ello, no me pesó su partida; antepongo, vivo, su recuerdo; ahora aquel verso cobra hondura: “y no lloré porque mi hermano muerto, era tan bello en muerte como en vida”. Estoy seguro que él lo

hubiese preferido así, pues comprendía, y disfrutaba, de la frase de Juan: “la gloria de Dios es que el hombre viva”. Él sabía compartirlo. Es motivo de alegría, entonces, la oportunidad de participar mis recuerdos del arquitecto Rabasa con ustedes.

Para mí él siempre fue ‘el Arquitecto’. Trabajamos conocimiento ya que, hace algunos años, ambos impartíamos clase en el mismo lugar, la Universidad Marista; después fuimos colegas también en el ITAM. Lo primero que de él me llamó la atención fue que, para una persona de su edad, era muy abierto, e hizo algo que en general pocos hombres a su edad se toman la molestia de hacer:

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

NOTAS

se dejó conocer; además, se interesó por mí. Poco a poco fuimos descubriendo puntos de unión, entre clase y clase, en juntas interminables que se volvían divertidas gracias a su finísimo sentido del humor, humor sin el cual cierto curso de cuya memoria no quiero acordarme, y que tuvimos que hacer *ad maiorem alumnorum gloriam*, hubiera resultado insufrible. Recuerdo con mucha simpatía tal cursillo, durante el cual el orador verdaderamente se desesperaba porque no conseguíamos ser lo suficientemente tolerantes y receptivos a la ideología del *winner*: ser pioneros de paradigmas, alcanzar la meta; tener siempre en la mente la misión, la visión, los objetivos, y demás parafernalia. Muy probablemente adolecíamos de un fuerte problema de actitud; permítaseme traer a cuento la siguiente anécdota de una de las sesiones: el Arquitecto intentaba explicarle al confundido orador que él no podía aceptar aquellas revelaciones porque se entendía a sí mismo como un *loser* y, añadía, “incluso decididamente orgulloso de serlo”, puesto que tenía por guía otro modelo: el del mayor *loser* histórico y, ante la estupefacción del ponente, señalaba un crucifijo que pendía de la pared. El encendido ánimo, el entusiasmo del conferencista se desinflaron en un santiamén. Después, durante la cena, nos desternillamos de risa, sin

piedad, porque para lo fundamental, que era su fe, el Arquitecto no admitía concesiones.

Desde un principio me llamó la atención su deleite por la palabra; cuando hablaba, cuando escribía, la elección de sus ideas, la sintaxis, su cuidada expresión, resultaban limpias y sobrias, pero siempre elegantes, como también lo eran sus irónicas salidas, las cuales, lamentablemente, no todos tenían el placer de apreciar. Cuando por su minucioso y delicado interrogatorio supo de mis aficiones literarias, se nos hizo lo más natural ponernos a conversar sobre los clásicos, de quienes era devoto fiel. Gran conversador, para mí resultaba siempre un disfrute su compañía, pues en las horas que corren no quedan demasiados que gocen de la lectura de los trágicos griegos, que le parecían inmejorables, en particular Eurípides; asimismo, era una delicia escuchar sus comentarios en torno a otro de sus grandes predilectos, Shakespeare; me resultará siempre difícil olvidar sus ojos cuando brillaban al narrar sus partes favoritas de *Timón de Atenas* o de *La tempestad*, y no faltaron ocasiones en las que llegáramos a discutir acaloradamente sobre la interpretación de cierto soneto que el impostor de Stratford upon Avon habría compuesto, o por la mera hipótesis que la palabra ‘impostor’ suponía. Era un hombre apasionado. Por supuesto,

NOTAS

siempre terminábamos quejándonos de la basura literaria que leían nuestros alumnos, quiero decir, que creían leer los extraños alumnos que leían.

Hombre de selectos amigos, sabía ganar su cariño de manera inmediata porque trataba a las personas precisamente como tales; amable por naturaleza, también podía suceder que montase en cólera frente a algún 'individuo' que se propasara con él o con otra persona. Tuvimos otros deleites comunes, que fueron alimentando la amistad por medio del diálogo. La arquitectura misma, fuente de excelentes pretextos para tomar café y fumar sus sempiternos *Delicados*, era uno de estos deleites; conoció a distinguidas personalidades aunque sabía establecer las diferencias: Ramírez Vázquez, Pani, Madaleno, Barragán, a quien admiraba y de cuya arquitectura pudimos disfrutar en la capilla de las Capuchinas de Tlalpan, durante una de las quizá más hermosas y significativas celebraciones para el católico, que son los oficios de la Semana Mayor.

Cierto día, durante alguna de estas conversaciones en torno a la arquitectura, me propuso diseñar una casa para mí, para mi familia, cuestión que desgraciadamente me apresuré a impedir... no porque no quisiéramos sino porque en ese momento nos resultaba imposible. El Arquitecto, empero, decidió proyectarla y con oca-

sión de presentárnosla aprovechamos para compartir una grata comida dominical. La casita era bellísima: con el sello de su sencillez, todo giraba en torno a una sala-comedor-estudio sin divisiones, apenas diferenciados los espacios por mínimas diferencias de altitud, todo circundado por altos muros con libreros, los cuales a la vez que ampliaban el espacio, convertían la habitación en un lugar ideal para sentirse cómodamente dispuestos al espíritu; al frente, un amplio ventanal daba a un pequeño jardín por el cual se derramaría una suave luz vespertina que dejaría su calidez para prolongar la estancia hasta la ceremonia del pan y la sal... No fue posible su construcción, pero baste decir que sigo pensando en edificarla algún día.

La música y las matemáticas siempre le apasionaron; es una de las pocas personas que he conocido que descansara y disfrutara del ocio resolviendo ejercicios o inventando nuevas maneras de resolver problemas matemáticos mientras escuchaba cantos gregorianos. Pertenece a la parte del poeta, del artista que fue, su incurable sed de belleza, que sabía apreciar en sus más diversas manifestaciones, por ejemplo, la femenina, la cual no se limitaba a admirar sino que la expresaba de forma galante pero siempre respetuosa; otra enseñanza más. Del mismo modo,

NOTAS

sin haber asistido nunca a sus clases, sé por sus alumnos, que era un maestro en todo el sentido de la palabra. Además dibujaba, y escribía.

Pero sus dos grandes pasiones fueron su esposa Mariana y Dios. A doña Mariana la conocí tiempo después, cuando lo hice me pareció que el Arquitecto no había exagerado sus alabanzas. Sin que se tome como un pretexto para la autobiografía, al casarnos, mi esposa y yo pusimos en la invitación de bodas unos versos de cierto poeta chino que siempre nos inspiraron: “para la vida, para la muerte, para la pena: contigo me asocio, tomo tus manos en las mías; contigo quiero envejecer”. El día que nos invitaron, junto con los hermanos Genina, a comer en su casa, Sofía y yo comprendimos que el poema era posible porque nos lo mostraban un par de viejos que parecían haberse conocido el día anterior; sin saberlo, nos alentaban con su respeto mutuo, su delicadeza en la forma de tratarse y por el amor que se revelaba en sus ojos. El día en que doña Mariana murió comenzó a morir, también, el Arquitecto. Habían comenzado hacía cierto tiempo los heraldos negros mediante una grosera injusticia laboral de la que el Arquitecto fue víctima. No obstante los sostenía su ser pareja; al morir ella, todo empezó a nublarse en la vida del Arquitecto.

La soledad, a la que apenas comenzaba a malhabituarse, se vio interrumpida cuando hubo de enfrentar una cruz no menos dolorosa que consumió todavía más sus ya mermadas fuerzas. A pesar de la enfermedad de su hermano, de quien se hizo cargo, encontraba aún la firmeza para hallar motivos de alegría, aunque en verdad, eran cada vez menos frecuentes. Después de la muerte de su hermano, tuvo que cambiarse de casa, precisamente al terreno en donde un día habíamos querido construir juntos, a una casita muy acogedora que diseñó y en donde pasó sus últimos meses. Los problemas económicos, que no lo dejaron hasta el final y por los cuales, malbaratándolas, hubo de separarse de tantas cosas que para él eran de mucho valor, se volvieron insostenibles. En una de las últimas veces que estuve con él, nos invitó a su casita en el Ajusco, y disfrutamos como en los viejos tiempos de martinis y carnes frías, gozando el hacer las palabras, como decían los griegos. Creo que fue un poco después cuando el Arquitecto comenzó a enamorarse de la idea de morir; el Arquitecto quería morir. Se fue consumiendo visiblemente y sus ojos perdieron el brillo que los caracterizaba. No dejó de asistir a sus clases del ITAM, hasta que le fue prácticamente imposible.

NOTAS

132

No estuve con él al final. Salvo por el fiel amigo que le cerró los ojos, se encontró, como dijo Machado “a bordo, ligero de equipaje: casi desnudo, como los hijos de la mar”. Como dije antes, no lo lamento, porque no estaba solo. Durante los meses más difíciles no lo estuvo porque era una persona llena de fe, la cual, además de defender con sutil inteligencia en cualquier foro, sin avergonzarse jamás, fue una fe vivida con responsabilidad, con alegría y con dolor, con libertad. Creo que el amor a su esposa y el amor y temor de Dios fueron lo más grande que me enseñó. Puedo decir con confianza hoy que sus dos grandes pasiones le garantizan, Arquitecto, ser sujeto del verso de Horacio, *non omnis moriar*, porque seguirá viviendo en la memoria de quienes lo conocimos, en el recuerdo de quienes fueron regalados con su amistad, y en el Corazón común que nos unía ya en vida y que nos une en el misterio más allá de la muerte.